

*Discurso del Presidente de la Academia Nacional de
Ingeniería, Ingeniero Antonio Marín*

Es un honor para mi recordar aquí, ante tan distinguida audiencia, al ingeniero Justiniano Allende Posse. Lo hago en nombre de la Academia Nacional de Ingeniería que presido, y en su homenaje.

El Dr. García Belsunce, Presidente de la Academia Nacional de Ciencias Económicas, nos acaba de señalar la vida de un brillante ingeniero que era además hombre público, distinguido ciudadano y por su visión del país y del mundo, un verdadero estadista. Pero su calidad de ingeniero es la que espero poder destacar en los pocos minutos en que haré uso de la palabra.

Como ingeniero había tenido una excelente formación. Era egresado de la distinguida Universidad de Córdoba, y había iniciado su vida profesional lleno de inquietudes. No le fue difícil abrirse camino en su profesión, incluyendo en su ejercicio el interés por la enseñanza. Fue así profesor de matemática en el Colegio nacional de la ciudad de Córdoba en 1906, y posteriormente Ayudante de la Cátedra de Física en la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de su Universidad. En el Consejo Directivo de esa Facultad ocupó el cargo de Consejero y fue también Vicedecano de la misma.

En ocasión de recibir el premio "La Ingeniería", que le otorgó el Centro Argentino de Ingenieros, él mismo relató su historia diciendo: "Empecé muy niño en pobres serranías, espesos bosques y valles fertilizados por el agua de un manantial cercano, luego en excelentes pampas húmedas. Allí comencé el trabajo. Aceleré mis estudios y muy joven aún mensuré impenetrables selvas al oeste de La Pampa a 200 kilómetros del ferrocarril. En el año 1908

diseñé un puente de hormigón armado y, poco después, como ingeniero civil, construí cuatro de dicho material. Mi lucha fue tenaz pero afortunada”.

Y refiriéndose luego a una misión como profesional de la Inspección General de Ferrocarriles, dice: “Recibí como funcionario estatal cien locomotoras en Escocia y Alemania, diez más potentes en Berlín, y muchos otros equipos. De regreso a Córdoba hice el relevamiento topográfico geológico de un yacimiento pétreo, y construí muchos hornos para fabricar la mejor cal del país. Asociado con mi querido colega Emilio F. Olmos, ejecutamos edificios, caminos, diques, fábricas e instalaciones con todo éxito. En las décadas del 30 y del 40 la función pública me absorbió completamente en Tucumán, Córdoba y en el ámbito nacional”.

Su capacidad profesional había ya madurado cuando desempeñó el cargo de ministro de Hacienda y Obras Públicas de la Provincia de Tucumán en el año 1931, y de ministro de Obras Públicas de la Provincia de Córdoba en 1932.

Sin duda el Ministerio de Obras Públicas de su provincia natal aquilató su experiencia como administrador, siendo evidente en él una capacidad natural para conducir y administrar; pero fue la Dirección Nacional de Vialidad, creada en el año 1932 bajo la presidencia del general Justo, y de la que fue nombrado Presidente del Directorio, la que mostró su verdadera condición de conductor. Su dinamismo, su tenacidad, su visión del futuro y de la importancia de las obras viales para integrarlo y engrandecer su economía, se evidenciaron claramente.

Es que su obra en Vialidad Nacional fue extraordinaria, impresionó a los argentinos por una eficiencia desconocida en el orden estatal y su nombre quedó sellado en el recuerdo.

Con excepcional rapidez, una red de buenos caminos fue extendiéndose por el país, facilitando las comunicaciones y el comercio, que solo disponían hasta entonces del sistema ferroviario y de caminos primarios o de construcción precaria que no llenaban sus necesidades.

Contó para ello con buenos profesionales, egresados de nuestras universidades, y algunos extranjeros que supo elegir, pero también se preocupó como cosa indispensable, de enviar al exterior a quienes pudieran en otros centros

de países más adelantados, traernos moderna tecnología para hacer mejores caminos y para el gigantesco esfuerzo de construir, en el corto tiempo que él se propuso, una importante red vial. Todo ello hizo que su impronta quedara en las obras viales del país, y si bien fue duro en la conducción y exigente con sus colaboradores, su objetivo, que era el progreso argentino, lo justificaba. Él era exigente, dedicaba todo su tiempo a lo que se proponía, sabía dar el ejemplo, y exigía como él mismo se exigía.

Allende Posse mostró en Vialidad, en todo momento, que era un buen ingeniero, un buen técnico y que era un excepcional realizador. Sabía conducir a los hombres y sabía administrar.

Con posterioridad a su actuación en Vialidad continuó desarrollando en el orden privado una intensa actividad en la ejecución de la obra vial argentina, así se establecieron las grandes vías de intercomunicación y de integración de las distintas regiones del país, que llegarían a conformar la actual red de caminos con el aporte que cabe señalar de los organismos provinciales.

En el año 1956 el gobierno de la Revolución Libertadora recaba sus servicios y lo designa nuevamente al frente de Vialidad Nacional como Administrador General. El ingeniero Allende Posse reinicia entonces su labor, actualiza la Ley Nacional de Vialidad, y trabaja en procura de una política caminera racional y fecunda que perdure.

Allende Posse fue miembro fundador de la Academia Nacional de Ingeniería, juntamente con los ingenieros Enrique Butty, Manuel Castello y Luis V. Migone, y su personalidad, su espíritu de lucha, y su carácter, fueron bien conocidos en ella. Él raramente faltaba a sus sesiones y así ocurrió mientras su salud le permitió hacerlo, pero su debilitamiento físico en los últimos años nada quitaron al vigor con que hacía sus ponencias y a la forma en que defendía sus ideas en los debates.

Un punto de la vida de la Academia y su desarrollo era para él crucial: cuidar el federalismo y nombrar muchos miembros del interior de la República. Ese punto motivaba frecuentes cartas pidiendo la inclusión de propuestas en los órdenes del día, en las que adelantaba fundamentos de todo tipo, pero el federalismo era el polo principal de su argumentación.

Así explicaba en una carta: "Me permito agregar que creo indispensable se definan las disposiciones reglamentarias para los académicos correspondientes del país entero, sin olvidar un académico complementario para la plataforma submarina y otro para la región antártica, incluidas las Malvinas."

En todos los debates, cualquiera fuera el tema considerado, Allende Posse mostraba su inteligencia y sus buenos conocimientos de ingeniero, pero también su habilidad política, matizada con cierta picardía para el logro de decisiones favorables a sus deseos.

Cuando sus proposiciones, o lo que defendía, no encontraban un eco suficiente en la mayoría de los académicos, empleaba su vehemencia, disponiéndose a veces a no ceder la palabra. Y cuando se le debía pedir e insistir para que la cediera, lo hacía pero en algunos casos llegaba a enojarse, y cuando se retiraba de la sesión se mostraba muy ofendido. Pero al día siguiente, en horas tempranas de la mañana, el Presidente de la Academia recibía un llamado telefónico del ingeniero Allende Posse, que cordial y afectuoso se disculpaba por su comportamiento del día. Era el caballero de siempre.

Así escribía el 3 de octubre de 1973 una carta al presidente de la Academia donde expresaba: "He reflexionado tres días lo sucedido en la última sesión de nuestra Academia y con la tranquilidad que me dan los años y meditación serena, quiero pedir disculpas si he demostrado una intolerancia que incomodara a algunos de los colegas".

"Ello está lejos de mi espíritu, sobre todo cuando hablo íntimamente. Mi posición no es una vehemencia improvisada, ella tiene sólidos fundamentos. Pensaba en mi Patria, en ciento veinte años de su historia constitucional tan llena de sobresaltos y sorpresas; pensaba en nuestro pueblo, en su presente y oscuros días del mañana. No hablaba como simple ciudadano, me sentía investido de la severa responsabilidad de ser un académico de ingeniería cuyo deber es decir al pueblo toda la verdad.

"Mis palabras en la referida reunión no mostraban intolerancia, sino desazón, preocupación. Eso tenía motivo, especialmente esa tarde, porque a la misma hora, el nuevo Presidente de la República convocaba a su despacho a todos los gobernadores de las provincias y a los presidentes de los Parlamentos locales, para marcar rumbos

muy severos para el futuro. Esa actitud implica prescindir de la voluntad de cada provincia, de sus necesidades y posibilidades que cambian cada día. Mi actuación yo la considero una exigencia fundamental de nuestra Constitución federal y de la especial de cada provincia, y de sus parlamentos, cuyos problemas diversos varían de continuo.

”Creo indispensable que estas consideraciones sean tenidas en cuenta en nuestra Academia para que su misión tenga trascendencia; esto no es intolerancia, es cumplir un deber fundamental”.

Señoras y señores:

Quisiera extenderme más en este sentido y justiciero homenaje que las tres Academias Nacionales rinden a tan distinguido argentino como fue el ingeniero Justiniano Allende Posse; ejemplo de un luchador en pos de la grandeza del país que tenía probada capacidad de realizador. Todos los pueblos necesitan de hombres como Allende Posse para mantener las inquietudes que conducen al debate con nobleza y patriotismo, de los grandes problemas nacionales.

Hoy, quizá más que nunca, la República necesita hombres pensantes de vasta experiencia y realizadores; varones que antepongan su obligación para con ella a todo sectarismo político y así, sólo así, encontraremos la luz que nos conduzca a la grandeza anhelada. Allende Posse fue un ingeniero argentino que soñaba con la grandeza de su Patria. Bien se justifica este homenaje.